

mara y mostrando el billete que había pagado en la mañana.

—Señor, no puedo volver en mí todavía, tal ha sido el asombro que he experimentado, continuó Champagne ne que iba detrás de su amo, sin dejar para nada su canasto.

—¿Qué quiere decir el perillán?

—Oh, bien sé que el señor es un hombre de palabra, pero no puedo menos de confesar que hace bastante tiempo se ha perdido la costumbre de ver saldar deudas como esa.

—¿Y te atreves á imaginar, bribón, que voy á darte cuenta de mis acciones?

—No, señor, pero...

—¡Ah, Champagne, añadió el caballero con melancolía, principiar el día pagando una deuda antigua, debe traer la dicha.

—Sin embargo, si el señor lo permite, me atreveré á hacerle una proposición, que estoy seguro será de su agrado.

—Habla, amigo mío, bien sé que no careces de inteligencia.

—Pues bien, señor, permitid que enseñe ese billete, pagado ya, á los proveedores de la casa.

—¡Cómo!

—Vaya, al pastelero se le deben por lo menos sesenta libras; otro tanto, si no más al especiero; trescientas, si no me engaño, á M. Pluchet, el tabernero de la Botella de Oro.

—¡Ah basta, basta,..... me espantas con tu relación! qué cuentas me haces.

—Es la historia verdadera de nuestra situación, señor.

—Mira lo que tiene la gabeta y calcula si puede alcanzar para todo eso.

Champagne se dirigió alegremente á la consola é introdujo ambas manos hasta el fondo del dichoso cofre.

—¡Eh, señor, exclamó sollozando, aquí no hay trescientas libras, y esto me da miedo!

—Déjame diez luises y toma lo demás.

—Ah, querido amo, qué alegría me proporcionáis. Sabéis que nuestro crédito iba teniendo una decadencia escandalosa. M. Pluchet representó una escena tan triste la última vez que fui á buscar el almuerzo á su cocina.

—Se ha atrevido M. Pluchet.

—Y si no hubiera sido por su linda mujer...

—¿Conque me ha ofendido? Está bien, Champagne. ¿Qué opinas de esto?

—Que ella os ama furiosamente, señor.

—¿No es hermosa?

—Y mucho, señor.

—Pues bien, yo arreglaré este asunto con M. Pluchet, te lo prometo.

—Quedad tranquilo por ahora, gracias á este dinero y á ese milagroso billete, la abundancia más completa, la abundancia más completa va á rodearnos, tengo seguridad.

—Vete pues, parlanchín, le dijo Artagnan, entregándole el billete que según el criado debía producir tan buen efecto entre los acreedores del oficial.

—Pero el señor olvida y yo también, que en el salón hay alguno esperando.

—¿Quién es?

—Un vecino á quien nunca había visto y que insiste en ser recibido de vos.

—Y nada me habéis dicho, belitre.

—Es que ese billete me hace perder la cabeza. No podéis imaginaros lo que va á subir nuestro crédito con él, lo menos por seis meses.....

Y Champagne lo guardó en el faldón izquierdo de su casaca, y salió. Artagnan empujó la puerta del salón.

Un hombre vestido de negro se levantó del sillón en que estaba sentado, y saludó fríamente.

El teniente le hizo seña para que se sentara de nuevo, haciéndolo él en un sillón inmediato, cuidándose siempre dar la espalda á la ventana por la que á pesar de las cortinas, se deslizaba un rayo de sol que sin caer sobre el rostro del desconocido, aclaraba sus facciones.

Era un hombre de cuarenta años, estatura alta, nervioso y seco, cabellos negros y abundantes, y cuya barba, no obstante estar cuidadosamente afeitada, se confundía con su color extremadamente moreno. Sus cejas en extremo largas parecían de cerdas duras, y erizadas dándole un aspecto casi terrible, el cual se aumentaba todavía más por su dentadura blanca, pero aguda y desigual. Algo se encontraba en aquel personaje extraño de hidalgo y de indiano, tipo que Colón y Cortés importaron al continente.

—Señor, dijo tengo el honor de pertenecer al príncipe de Condé.

—No había que decirlo, pensó Artagnan. ¡Diablos! parece que ambos campos cuidan de mí más de lo que debían! Veamos quién promete más. En caso de igualarse, prefiero á Besmaux. La fisonomía de este hombre no me da garantías.

—Señor, continuó el desconocido, no podréis menos que sorprenderos al mirar estacionada en Ruel la com-

pañía de guardias en que servís, no obstante las simpatías bien conocidas de sus oficiales hacia... el partido contrario á los príncipes y al parlamento.

—Decid con más exactitud, siendo tan adicto al rey.

—M. de Condé, sin desesperar de hacer las paces con S. M. ha querido que se encuentren sus más fieles soldados en sus cuarteles; en consecuencia...

—Si S. M. hubiera deseado tener á su alrededor todas sus compañías de guardias, dudo mucho que la mía hubiera permanecido en Ruel, señor, pues habría desertado pronto y bien.

—Vos ejercéis una poderosa influencia en vuestros soldados...

—Antes de ir más lejos, permitidme dos palabras, dijo Artagnan interrumpiendo al desconocido.

—Decidlas, señor,

—Necesitáis de mi ayuda, y os aprovecháis de la separación de M. Puyferrat para reclamarla, ¿no es esto?

—Puedo ser, respondió con duda el hombre misterioso.

—Entonces, hablad con claridad; es el mejor medio de entenderse.

—Estipulemos antes nuestras condiciones.

—Me parece bien.

—Hé aquí un despacho de capitán de los guardias.

—¿Para mí?

—Para vos.

—¿Firmado?... preguntó el caballero.

—Por monseñor Gaston de Orleans, teniente general del reino.

Artagnan se rascó una oreja

—Es un despacho, dijo; quiero decir, un pedazo de papel ó pergamino, porque no veo la compañía que concede.

—M. de Puyferrat será nombrado gobernador de Amiens ó de cualquiera otra fortaleza que elija, Blaye, por ejemplo.

—Cuidado, señor; en Blaye está el duque de San Simón, que no se dejará despojar tan fácilmente.

—M. de Condé lo puede todo en la Guinea, respondió el desconocido.

—Bien, admitamos eso; es decir, ¿la reina regente no ratificará?

—Monseñor Gastón tiene plenos poderes.

—Un instante, eso sí merece discusión. Si admitís que yo me incline del lado de la corte, no debo desconfiar de los despachos firmados por Gastón.

—Además, aquí tenéis un bono de cuarenta mil libras á favor vuestro, pagadero por el sub-intendente. Hay diez capitanes que harían negocios con sólo esto.

—En efecto, convengo en que ese es el precio.

—Conque aceptáis, ¿no es así?

—¿Y si admitiera, qué tendría que hacer?

—Dadme antes vuestra palabra de gentil hombre de que á no conveniros, el secreto quedará entre nosotros, señor oficial.

—Os lo juro, señor.

—Pues bien, he aquí de qué se trata. El cardenal Mazarino está considerado como el único, lo entendéis, el único obstáculo á la pacificación general y por lo mismo es indispensable apoderarse de su persona.

—Pero Su Eminencia está fuera de Francia, en Bouillon, á dos ó tres leguas de Sedán, si no me engaño! .

—Aún está muy cerca de la reina. Será preciso que una expedición de veinte, treinta, ó más hombres, según queráis, mandada por vos, se dirija á Buillon ó al pueblo que se os designe, y robe á Mazarino.

—Lo cual era peligroso.

—No tanto como pensáis. Según dicen, el cardenal se pasea diariamente casi solo en el bosque de Ardenes.

—Y una vez su Eminencia en poder de la expedición, ¿qué haréis vos?

—No se tratará de otra cosa que ponerlo en manos del gobernador de la Bastilla.

—Señor, dijo Artagnan levantándose, en lo cual lo invitó el desconocido, merece una madura reflexión todo eso.

—Sin embargo, el príncipe desea una contestación pronta.

—¿No puede esperar á mañana?

—Si no es posible de otro modo, su alteza esperará, pero...

—Pues bien, señor, hasta mañana á las doce si gustáis, dijo el caballero con gracia.

—Mañana á las doce, pero tongo vuestra palabra.

Artagnan saludó y condujo al desconocido hasta la puerta. Este salió después de haber tomado como M. Besmaux la precaución de cubrirse con su capa.

El caballero volvió á su cuarto, bastante inquieto, y comenzó á vestirse.

—Esa especie de cuervo, me propone robar al cardenal, se dijo... Apuesto á que Besmaux me habría dicho que robara á Condé... Casualidad como ésta. Afortunadamente me encuentro del lado del rey... Hum!... M. de Condé quiere, según parece, jugarle una mala pasada al duque de Guisa, y su hermano, tan jorobado como es, debe aspirar, por lo menos, á la tiara... ¡Ah! venga la guerra extranjera, eso será mejor. No es en la guerra civil donde alcanzaré nunca el bastón de Mariscal de Francia... Pobre Francia, ¿qué tirones te dan tus mismos hijos!...

Durante las reflexiones de Artagnan, el desconocido bajó la escalera y se aventuró en el pasillo obscuro que desembocaba á la calle.

Hacia el medio de aquel callejón, un objeto de color blanquiseo lució en el suelo y atrajo sus miradas. Se inclinó para tomarlo.

Era un papel que extendió con precaución porque parecía envejecido con un uso antiguo. Fijó en él sus ojos, sonrió, y tuvo la intención de volver sobre sus pasos; pero estaba tan absorbido en sus pensamientos que no se fijó en él. Es más que probable que las mismas ideas preocupaban al joven, porque lo recibió con una sonrisa significativa.

—Me dijisteis que os esperara aquí, primo mío, dijo Vijé, tocándole el brazo.

—Sí, ¿os pagó M. Artagnan? preguntó el desconocido.

—He aquí el dinero, respondió Vijé sacando su bolsillo.

El otro no pudo disimular su admiración, y sopesó el saco con desconfianza.

—¡Tonia dos mil libras disponibles! es increíble, exclamó.

—¿Por qué, querido mío?

—Entonces no es lo que averigásteis.

—¿Cómo!

—Nada, nada. replicó vivamente el desconocido, que no era otro que M. de Barada, abogado del parlamento, el mismo que adquirió el billete, de M. de Montigré, cuya mujer, la señorita de Montbaroy, fué la heredera.

Diciendo esas palabras arrastró á Vijé.

—Pero este no es el camino del palacio, dijo éste visiblemente inquieto.

—Es que no iré hoy, ni vos tampoco, Luis; os necesito.

—Pero mi palabra, M. Tifoneo. . .

—Tengo que encargaros de una misión más agradable por cierto que la de arreglar y coser los legajos de maese Tifoneo Désormaux.

—A fe mía, primo, que no estoy muy contento con esa ocupación, palabra de honor.

—Partiréis mañana para Burdeos.

—Mañana, exclamó el joven.

—Es preciso.

—¿Y . . . vos?

—Oh! dentro de ocho días, cuando más iremos mi mujer y yo. Pero los negocios se van embrollando, y los príncipes necesitan hacer pasar un aviso.

—Consiento en ser su mensajero, pero partir solo. . . no es muy divertido que digamos. Sobre todo, cuando tenía la seguridad de que me acompañaríais vos y Gabriela.

—Estáis en libertad de quedaros en Paris si algunos afectos ó intereses os lo exigen.

—Partiré querido primo, partiré, respondió Vijé con decisión, pero. . .

—¿A dónde vamos ahora con semejante paso?

—A la calle de San Luis, á mi casa.

—Es que. . . replicó Vijé con embarazo, volver á esta hora. . . maese Desormaux os citó para el palacio. . . se trata de un negocio muy grave.creo que deberíamos verlo. . . .

—Amigo Luis, los negocios de Estado son preferentes á los demás.

—¿Los negocios de Estado! ¡Ah! no desconozco que desde hace algún tiempo les sacrificáis todo, maese Barada.

—Es posible; pero he comenzado y debo continuar. Siempre tiene que ser así la vida política. Por lo demás, estoy cierto de no ser un bobalicón, y esto ya es algo. Tengo promesas positivas, y quiero decirlo de una vez, el cargo de consejero del parlamento de Burdeos que aparenté comprar en cincuenta mil libras, lo obtendré gratis.

—Eso no es posible para nadie.

—Como os lo digo.

—¡Oh! tanto mejor... pero si quereis creerme, primo, volvamos sobre nuestros pasos y... maese Desormaux debe impacientarse... su naturaleza no tiene nada de flemática...

Y diciendo estas palabras, Vijé se esforzaba todavía en detener á Barada. Este, que hasta aquel momento no había reparado en sus tentativas y en su embarazo, se detuvo de repente y lo miró cara á cara.

—Pero ¿qué diablos teneis, Luis?

—¿Yo, primo?... No comprendo por qué me tirais de la manga, ni mucho menos la causa de vuestra turbación y de que no atendais á mis palabras... ¿Teneis algún soneto en la punta de la lengua, ó andais á caza de algún consonante que no encontráis?

—No tengo nada.

—¡Pues bien! dejad por un instante los espacios imaginarios y la poesía, que os tiene fatigado.

—¿Quereis ir á vuestra casa, primo?

—Sin duda.

—Pues vamos! dijo Vijé, que parecía haber tomado repentinamente una resolución.

Ambos siguieron á buen paso, y no tardaron en llegar á la calle de San Luis, no sin haber atravesado desde el Hotel de Ville el dédalo de calles que en aquella época conducía al Marais. M. de Barada vivía en una

casita situada á pocos pasos de la entrada de la calle, y cuyo jardín se extendía hasta el cultivo de Santa Catarina.

Dejemos por un instante á estos dos personajes, para seguir los pasos de Champagne, quien, media hora antes, como hemos visto, provisto de su cesta marchaba á conquistar las provisiones de boca. Conquista bastante difícil, puesto que el crédito había acabado si no del todo al menos en su mayor parte desde hacia tiempo. Así pues, se dirigió á la Cité, donde estaba el acreedor principal, que por cierto no era el más intratable. En consecuencia, tomó el puente de Nuestra Señora.

M. Pluchet, á quien hemos visto la vispera mandando la ronda de vecinos y que llegó muy á propósito á la puerta de San Honorato para libertar al teniente, era tabernero de profesión, y su casa estaba establecida en el centro de la calle principal de la Cité, teniendo por nombre "La Botella de Oro." Aún existe en nuestros días esa casa renovada después, aunque muy poco en su estilo antiguo, y que no se diferenciaba entonces por otra cosa sino por no rasar como hoy su entrada con la calle, pues estaba precedida por un pequeño jardín plantado de rosas y de madreelvas sembradas en barriles que servían de abrigo á los bebedores que atraía el aspecto seductor de aquella perla de las tabernas.

M. Pluchet era un ciudadano honrado, á quien se estimaba por todos los vecinos del cuartel, y que veinte años antes fundó aquella taberna que poco á poco fué acreditándose hasta hacerse de fama y donde se vendían vinos, licores y alimentos á buenos precios. Merced á la buena calidad de los efectos, así como la actividad y el orden desplegados por madama Pluchet, el establecimiento prosperó durante los quince primeros

años; pero á los cinco de haber fallecido la tabernera, los negocios, que al decir de los vecinos ó de los envidiosos, debían ir en decadencia, aumentaron en proporciones enormes.

Estaba escrito en el destino del buen Pluchet que debería á las mujeres la prosperidad de su negociación; porque la segunda madama Pluchet que escogió para asociarse á su destino y á su comercio, trajo mayor fortuna á la «Botella de Oro.»

Era una mujer de veintidos años, fresca y hermosa, de estatura proporcionada y ojos lindos, acusada generalmente de coqueta porque seguía con todo rigor las modas de su tiempo y tenía cierto empaque que le daba una gracia encantadora. Es cierto que su fina nariz, algo remangada, y sus ojos rasgados tenían algo de irresistible; pero este algo se completaba con creces por medio de los adornos de su tocador y de sus trajes.

Los parroquianos de la «Botella de Oro» aumentaban cada día, y no se desdénaban de frecuentarla los gentiles-hombres, sobre todo en el tiempo de calor, por que estaban seguros de encontrar allí bebidas heladas al estilo de España, y rostro risueño en la hermosa tabernera.

Sin embargo, maese Pluchet tenía sus horas de melancolía, porque no por eso era más joven, y mientras su cráneo iba poco á poco quedando limpio, su obesidad crecía más y más; pero se consolaba filosóficamente de su mala ventura contando y recontando sus buenos escudos de oro que le permitían comprar de tiempo en tiempo un regular terreno en los alrededores de Perpignan, en el Ronsillón, donde tenía en arrendamiento una pequeña propiedad con la idea de retirarse allí en su vejez.

El criado de Artagnan ponía el pie en el umbral del

jardin cuando el marido y la mujer reñían sin cuidarse de los que á pocos pasos bebían ó comían en la misma taberna. La querrela parecía viva no obstante que la joven no respondía sino con una risa graciosa á las observaciones de su señor y dueño; lo que naturalmente contribuía en gran parte á que el bueno de su marido aumentara su furor.

—¡Oh! dijo Champagne avanzando afablemente. La paz de Dios sea entre vosotros, maese Pluchet.

—¿Qué es esto? exclamó el honrado tabernero dirigiendo al recién llegado una mirada llena de indignación.

—Digo, señor Pluchet, que es malo hacer cóleras y ponerse irritado con una mujer tan gentil y tan buena como la vuestra.

—¿Quién os permite mezclarse en nuestros asuntos?

—¡Diablo! difícilmente la encontraríais igual aun cuando diérais vuelta al mundo.

—¡Oh eso sí! dijo el marido con un gesto de desesperación, al cual respondió la más argentina y la más franca carcajada de su cara mitad.

La tabernera tomó la canasta del brazo de Champagne con solicitud; pero inmediatamente se precipitó furioso entre ellos M. Pluchet y agarró la cesta por la asa.

—¿Qué vais á hacer? preguntó.

—Supongo que M. Champagne viene como de costumbre por las provisiones de su amo, y voy....

—No dareis nada.

—¿Cómo que no daré?

—No, señora, y antes por el contrario, tengo que quejarme de M. de Artagnan.

La hermosa tabernera cambió de color y soltó la cesta.

—Por qué? preguntó Champagne, considerando lo conveniente que sería ir en su ayuda.

—El señor Artagnan me ha comprometido ayer gravemente, no tenía la contraseña y entró á Paris no obstante la consigna. Ya vereis, señor Champagne, si esto no comprometerá, y mucho mi responsabilidad, añadió el vecino inflando sus carrillos y adelantando el abdomen, lo que le daba una importancia de las más grotescas.

—El señor recibió el castigo por su atrevimiento, respondió dolorosamente Champagne, puesto que lo hirieron esos demonios de españoles.

—Herido! . . . exclamó malama Pluchet con espanto y poniéndose pálida.

—Sí, señora, y muy gravemente! creyó deber añadir el buen doméstico.

—Dadme pronto esa cesta, M. Pluchet, voy á escoger lo mejor para M. de Artagnan, que bien lo necesitará.

Y diciéndolo así la excelente mujer se apoderó de la canasta que su marido no trató de retener, y corrió con ella á la cocina.

—Verdaderamente, señor Champagne, ¿ha sido herido el caballero? preguntó el tabernero enterreciéndose.

—Y mucho, señor Pluchet.

—Pero no está en peligro, ¿verdad?

—¡Oh! felizmente no. . . .

—Pues bien, entonces, mi querido señor Champagne, considerais que no os á propósito hablarle en estos momentos de la evanescente que tenemos pendiente?

—Podéis tener entera seguridad de que el señor os pagará bien pronto, contestó el criado con cierto aire de confianza.

—Oh! no lo he dudado, replicó el tabernero, dando á sus palabras un acento de incredulidad que no pasó desapercibido á su interlocutor, que era como hemos visto, muy perspicáz.

—Amigo Pluchet, añadió Champagne, el caballero ha entrado desde hoy en una vida ejemplar, y os voy á presentar una prueba concluyente de ello. El caballero no ha firmado en toda su vida más que un pagaré, al menos que yo sepa, y esto fué hace once años, la miseria de once años! Pues bien, ese pagaré había sido olvidado. . . .

—Ya lo creo; en once años! . . . En rigor, tendría el derecho de rehusar el pago por el tiempo transcurrido.

—Qué decis, respondió el fiel Champagne con indignación, el caballero Artagnan estima y respeta su firma más de lo que pensais! su firma! . . . este nombre—Carlos Artagnan—es su orgullo, es su honor, no es su comercio!

—Muy bien, señor Champagne, aplaudió Madame Pluchet que venía con la canasta cubierta con una servilleta, y de cuyo fondo se exhalaba un olor apetitoso, vaya unos sentimientos!

M. Pluchet sintió haber pronunciado las palabras que lastimaron la probidad de aquel criado, sentimiento de que el mismo era tan decidido partidario.

—Pues bien, señor, añadió Champagne encantado del efecto que había producido, el caballero Artagnan cubrió esta mañana ese pagaré con buenos escudos de oro, ascendiendo la suma á dos mil libras.

—Y pagó esta mañana doscientas pistolas! exclamó M. Pluchet con el aire más incrédulo.

—Como os lo digo y voy á probarlo! aquí tengo ese documento firmado por un notario.

Diciendo esto Champagne buscó en la bolsa de su casaquilla, después en sus greguescos, en su sombrero, en todas partes, pero cosa extraña! — infructuosamente! Comenzó de nuevo su inspección de bolsas, que por lo menos eran media docena, y á cada triste desengaño su fisonomía tomaba un aire de tristeza y desaliento haciendo brotar de en frente un sudor abundante.

— Ah! Dios mío! gritó poniéndose pálido como un cadáver sacando con la mano una de las bolsas de sus faldones toda agujereada, mi bolsa, mi bolsa está rota!.....

El buen Pluchet acogió esta exclamación con una sonrisa burlona.

¿No me creéis, señor Pluchet? Sin embargo, os digo la verdad: y vuestra actitud y vuestro acento me parece en extremo insultante para el honor de mi amo y para el mío!

— Señor Champagne, respondió el tabernero con dignidad, soy comerciante y no me importa lo que hagáis fuera de mi casa. Que el caballero pague sus deudas ó no, es cosa que no me interesa: pero en cuanto á lo que me debe.....

— Señor Pluchet, dijo la joven interviniendo, no me hableis de esa cuenta, estando herido M. de Artagnan no es prudente cobrarle.

— Cómo que no es prudente! el señor Artagnan me debe trescientas cincuenta libras cuando menos, y no he de hablar! ¿se trata acaso de una bicoea?

— Si os debe trescientas cincuenta libras, señor, dijo Champagne con la autoridad de un inteligente General, entonces poned vuestra cuenta en forma y se os pagará.

Y el atrevido criado sacó de la bolsa un saco de cuo-

ro del cual echó escudos sobre la mesa, que se puso á contar en seguida.

— Señor Champagne, yo no quiero nada, lo ois? exclamaba madama Pluchet.

— Muy bien, señora, vos sois una persona delicada, pero vuestro esposo está animado de sentimientos feroces hacia nosotros. Quiero cerrarle la boca con esta plata acuñada.

— Pero yo no lo consentiré.

— En cuanto á mi no sólo consiento, sino que tomo, dijo el tabernero de la « Botella de oro, » preparándose á extender la cuenta en un papel que sacó de un libro de horas.

— Pero, señor Pluchet, dijo Champagne, en lo de adelante mi amo no se proveerá de vuestra casa, sino del Escudo de Francia!...

A estas palabras, madama Pluchet puso el grito en el cielo, arrancó de las manos de su marido la malhadada cuenta, la hizo pedazos y tomó una actitud majestuosa.

— Señor Champagne, llevaos ese dinero!... mi marido no ha querido sospechar siquiera de la buena fe y honradez del caballero Artagnan.

— Pero si yo no he dicho nada... balbuceó el buen hombre aterrorizado por la cólera inusitada de su cara mitad.

— Esto es indigno, vergonzoso! exclamó ella, y sois paisano del señor Artagnan.

— No, soy del Rousillon. ...

— Es lo mismo! Un joven que hace tanto honor á sus compatriotas y que algún día será por lo menos duque y mariscal de Francia!

— No os digo lo contrario, mi querida Estébana, pero convenid....

—Señor Champagne, dijo la joven al criado que guardó prudentemente sus escudos en la bolsa, muy satisfecho del sesgo que tomaba la discusión, mi marido siente en el alma lo que se ha atrevido á decir hace poco y en prueba de ello va á enviar inmediatamente al caballero una docena de botellas de ese vino de Rousillon que tanto le agrada.

—Señora, gruñó el pobre Pluchet absorto, me estais arruinando!...

—No, es que cuído de vuestra reputación mejor que vos mismo. Por desgracia olvidais muy frecuentemente que á mí es á quien debéis los honores y las dignidades que llueven sobre vuestra indigna cabeza.

—Oh!

—No es debido á mí el que el coadjutor os haya nombrado capitán de una compañía de la milicia urbana?

—Muy bien, querida Estébana, pero...

—Pero gran Dios! se pasa la hora de la parada y os esperan en el Hotel-de Ville. No os demoreis más, corred.

—Es verdad! exclamó el tabernero, dando á su fisonomía un aire de mata-siete y ciñéndose un largo escapadón colocado en un ángulo de la taberna.

—Señor Champagne, dijo madame Pluchet, llevad prontamente esa cesta que guarda dos cosas que pueden enfriarse.

Champagne no se hizo repetir aquel mandato y ganó con violencia la calle de Arcis buscando por el suelo el malaventurado pagaré tan desgraciadamente perdido. Una vez en la casa, consideró inútil hablar al caballero del incidente ocurrido, á fin de evitar un disgusto y un sermón merecido por su poco cuidado.

El caballero se sentó á la mesa, muy satisfecho de la provisión, cuando llamaron á la puerta.

—Hoy es día de visitas, dijo Champagne yendo á abrir de mal humor.

La visita no podía ser más agradable. Madame Pluchet entró y detrás de ella se perfilaba un mozo cargado de un cesto donde doce botellas sacaban sus cabezas venerables.

He aquí el Rosillon anunciado, dijo la joven con voz clara y entrando sin cumplimientos en la cámara del teniente.

—¡Oh qué sorpresa!... exclamó Artagnan, mi querida madame Pluchet, qué amable y que bella estáis hoy!

Madama Pluchet desenfundó las botellas y despidió á su criado.

—Champagne gritó Artagnan, un cubierto para madama Pluchet porque supongo que os dignareis hacerme este honor, bella señora, añadió galantemente.

—En verdad, caballero, respondió con timidez, no sé si debo....

Artagnan tomó á la hermosa tabernera por la cintura y depositó sobre su cuello de cisne el más sonoro de los besos.

Esta declaración de guerra sofocó la repugnancia de la graciosa madama Pluchet.

Aceptó, riendo á carcajadas.

—¡Querida madama Pluchet, esta mañana pagué una deuda viejísima y eso naturalmente debía traorme la licha... Vuestra hermosura justifica mi pensamiento, caramba!... ¡A la mesa!...

VI

El patio de la casa de la calle de Santa Catarina donde entraron Barada y su primo Vijé, estaba casi lleno